

que prácticamente, salvo en rarísimos casos, la extensión se opone a la profundidad. Así como el callejero don Juan al que me refería poco antes, se irá de este alegre mundo de sus fáciles aventuras, sin haber conocido un solo amor verdadero, por igual motivo el lector que mariposea de libro en libro, deshojándolos todos aunque sin libar largamente en ninguno, morirá con el alma vacía. No concibo la existencia de un real talento que no haya sufrido la bienhechora influencia de algunos libros no comunes. Si recorremos la biografía de los escritores ilustres, antiguos y modernos, siempre hallaremos en su iniciación uno o varios autores predilectos. La historia de la literatura es en gran parte la historia de los libros de cabecera. Es lástima que Rodó, en sus *Motivos de Proteo*, libro tan rico de sugerencias, no haya desarrollado con mayor amplitud este aspecto del hallazgo de la vocación. Alude a él en el capítulo donde trata de la lectura como hecho provocador de la aptitud que se reconoce a sí misma, y cita oportunamente, entre otros, el ejemplo de la *Iliada* cuando ofrece a Alejandro, para modelarse, el arquetipo de Aquiles, y el de *Los Comentarios* de César, sirviéndoles de consejeros y amigos a Bonaparte y a Condé, y el de *Los Mártires*, que anuncian a Thierry su vocación de historiador; pero la mayoría de las anécdotas citadas por el admirable moralista uruguayo, interesantes todas, son ejemplos del estímulo súbito producido por alguna improvisada lectura sobre almas en las cuales dormía la vocación, sólo esperando para despertarse el *fiat lux*, y no de la influencia tenaz, prolongada, profunda, ejercida por un autor o por un libro sobre un talento. ¿Quién podrá decir cuántos esforzados varones ha formado la asidua lectura de Plutarco? ¿quién sabrá medir la sutil influencia de Maquiavelo? ¿cuántos versos suavísimos ha dictado el Petrarca?

Tendríamos la respuesta, sorprendente, si pudiéramos, videntes del pasado, evocar las vigiliadas de tantos niños, de tantos mozos reconcentrados y soñadores, que más tarde habían de ser famosos, y llegándonos de noche junto a su lecho leyéramos, por encima de sus hombros, en el libro que están leyendo.

Más de una vez me he preguntado si actualmente leemos por gusto o por deber,

por obligación que se nos impone o que nos imponemos. Que si fuera esto último, estaríamos muy lejos de la afición, del entusiasmo, de la devoción de que he venido hablando hasta ahora. Hablo de la afición tenaz a un libro, que hace escribir a Montaigne, a propósito de *Las Metamorfosis*, de Ovidio: «Hacia los siete u ocho años, dejaba por leerlos todos los demás entretenimientos». Hablo de la pasión que Homero, aprendido de memoria, despierta en Schliemann, hasta inducirlo a comprometer todo su haber de comerciante enriquecido, en la empresa de desenterrar a Troya y a las ciudades ciclópeas. Hablo de la devoción que sentía Flaubert por Chateaubriand, a quien veneraba al extremo de declarar que hubiese dado su obra entera por dos líneas suyas.

Leer por leer, sin amor y sin fe, leer porque digan que hemos leído, es otra cosa. El marinero desembarca en innumerables puertos, pero de su fugaz estada en cada uno no lleva a bordo sino un recuerdo vago, acaso alguna ebriedad y mucho cansancio. No se ha detenido en ninguno, en ninguno ha amado, padecido, gozado. Nada podrá construir sobre esas sombras de impresiones. Su alma es un calidoscopio. Pero haced que ese hombre regrese todos los años a su aldea, y ahí, al encontrarse con los suyos y entre las paredes de su casa, reviva los recuerdos de ayer y conciba una esperanza para mañana: podrá después lan-

zarse de nuevo por esos mares, pero en su alma habrá algo más que una niebla o imágenes; habrá un cariño, añoranzas, ilusiones, fe... Como el marinero que navega siempre, sin parar en ninguna tierra, es el lector de infinitos libros. En cambio podríamos comparar al lector naturalmente curioso de muchas lecturas, pero fiel a unas pocas, con el marinero que de tiempo en tiempo vuelve a sentarse junto al hogar nativo a descansar de las fatigas del viaje y a sentir palpitar sobre su pecho corazones amados.

Comprendo que si viajar es necesario, según dice un viejo lema latino, no lo es menor variar de lectura. No llevo mi razonamiento al absurdo de pretender que nos encerremos en un solo libro. Nos asfixiaríamos, por vasto que él fuera. Pero repetiré con Ruskin: «Hay libros buenos para una hora y libros buenos para todo tiempo». Sin el amor a estos no se concibe la verdadera cultura: sin embargo esa especie de amor va desapareciendo del mundo. Debemos hacer lo posible para que así no sea. Es menester que nuestros hijos tengan sus libros de cabecera y que los frecuenten por amor, no por obligación.

Podríase lógicamente pensar que tal tarea incumbe a la escuela. Pero nuestra escuela va dando tumbos patrióticamente de fiesta en fiesta y de gripe en gripe, y por el momento no tiene tiempo para ocuparse en estos asuntos. Los padres cultos, celosos de la suerte intelectual de sus hijos, están llamados a reemplazarla en la delicada tarea de crear en los jóvenes el amor a las cosas bellas y nobles, entre ellas los libros inmortales. El cariño les sabrá inspirar las artes sutiles que se requieren para triunfar en la empresa, nada fácil, porque el ambiente le es formidablemente adverso.

¡Oh, la enorme atracción que ejerce sobre el espíritu del niño un viejo armario que los mayores abren de tarde en tarde con sigilo y miramiento! Puede ser para el niño como descubrir un tesoro, hallar en ese armario un viejo libro famoso, de cubierta ennegrecida por los años y el uso, y cuyo texto y cuyas láminas, grandes y bellas, le pueblen la fantasía de visiones sublimes o de imágenes rientes.

Yo sueño para mi hijo tamaña aventura maravillosa. Que algún día pueda él contar, como lo ha hecho Enrique Heine, en una página inolvidable, de qué modo descubrió el *Quijote* y recreó su tierno corazón, leyendo en el jardín de su casa, sobre un viejo banco de piedra musgosa, las nunca oídas hazañas del osado caballero, y cómo lloró hasta el punto de creer que nunca se consolaría, aquel melancólico día de otoño en que llegó al capítulo en donde el Caballero de la Blanca Luna—¡el bachiller Carrasco!—derriba al más valiente y al más noble de los hidalgos.

ROBERTO F. GIUSTI

(La Nación. Buenos Aires).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio € 2.50
Simpatías y Diferencias (Tres series).
 Precio de cada serie > 2.50

EL CONVIVIO de los Niños

Cuentos a Sonny. Por Santiago Pérez Triana..... 0.25 oro am.
Tardes de Invierno. Por F. Pi y Margall..... 0.25 >>
Florilegio. Por diversos autores... 0.25 >>
La Edad de Oro. Por José Martí. Dos tomos. Cada uno..... 0.50 >>
Los Cuentos de mi tía Panchita. Por Carmen Irujo. Edición aumentada... 0.50 >>
Pasteur. Por Gaston Laurent..... 0.30 >>
Cuentos Viejos. Por María de No-guera..... 0.40 >>
El Delfín de Corubici. (Visión de Nicoya antes de la conquista española). Por Anastasio Alfaro... 0.50 >>

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
 VERMÍFUGO
 INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica